

Este libro, debido a la pluma de la joven historiadora Adriana Pineda, aparte de ser ameno, se lee con interés ya que nos aporta buena información acerca de la labor cultural emprendida por Mariano de Jesús Torres en la ciudad de Morelia durante el porfiriato.

El libro consta, aparte de las consabidas introducción y conclusiones, más dos cortos apéndices, de cuatro capítulos que se ocupan de las diferentes actividades que desarrolló aquel ilustre personaje, a saber: la jurisprudencia, el periodismo, la labor editorial, la historiografía, la literatura y la pintura. En el primero, titulado "Mariano de Jesús Torres. Un moreliano polifacético", la autora presenta una visión muy completa de la vida de este polígrafo, conocido como el "Pingo" Torres, apodo que se le dio, según nos dice la licenciada Pineda, por su incansable laboriosidad y su destreza, lo cual nos llama la atención pues la palabra suena más bien a "travieso". Pineda nos sitúa en la Morelia de la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX y recrea la atmósfera provinciana en que vivió Mariano de Jesús. Nos explica que la relación tan íntima entre éste y Morelia hizo que se convirtiera, "por decisión propia, en el centinela de su ciudad. Ahí estuvo, atrapando con su pluma, momentos de gloria o descontento. Su corazón sentía gran amor por su ciudad y a ella le entregó su vida". La labor que más caracterizó a Torres fue la periodística, misma que le causó tanto alegrías como serios problemas y sin embargo, en palabras de la profesora Pineda, "Ni las habladurías, ni las presiones, ni adversidades ni carencias fueron capaces de desterrarlo de sus prensas, de la tinta, del papel. Su obstinación la tradujo en servicio a la comunidad. ¡Augusta faena! Sólo la parca amortajó su pluma, legándonos materiales fabulosos para recordar nuestro pasado histórico".

---

El segundo capítulo se llama “Más de seis décadas de faenas periodísticas” y en él la autora nos lleva de la mano por la innumerable cantidad de diarios y revistas que Torres editó y dirigió a lo largo de su vida, no sin antes introducirnos en lo que fue la prensa moreliana durante la primera mitad del siglo pasado. No viene al caso hacer la relación de todos los periódicos que editó Torres en su propia pequeña imprenta, muchos de los cuales, tanto por razones económicas como políticas y aún culturales, fueron de “presencia fugaz”, como nos lo indica la propia autora. Se detiene, en cambio, en la presentación de *El Centinela*, periódico dominical cuyo subtítulo era “ni se quiebra, ni se dobla: morirá en su puesto”, y cuya misión, en palabras de Torres, “era bien sencilla, de vigilante de los intereses del pueblo; dará el grito de ¡alerta! cuando los vea perjudicados. Fiel a la consigna que se impone, no desertará de su puesto. Su única recompensa será la estimación del público”. Este periódico, muy localista, como dice la autora, y exclusivo, a nuestro parecer, puesto que no admitía ni artículos ni colaboraciones de extraños, se publicó durante casi 28 años, a lo largo de los cuales tanto criticó el quehacer público como denunció el descuido en que se encontraba la ciudad. Junto con la suscripción a este diario, Mariano de Jesús regaló otras revistas, que fueron, por el contrario, de vida corta debido a diferentes razones y cuya intención era difundir el interés por la música, por el teatro, por la poesía y aún por los héroes nacionales. Toda esta labor periodística del moreliano nos muestra efectivamente a un personaje cuyo pasión fue impulsar la vida cultural de Morelia.

El tercer capítulo lleva por título “Las aportaciones a la historia regional”, en el cual, antes de ocuparse de la labor historiográfica de Torres, la autora nos presenta un panorama de las obras históricas escritas en Michoacán durante la segunda mitad del siglo XIX como testimonio de las vicisitudes políticas vividas en el estado. Pasa luego a ocuparse de Mariano de Jesús y nos refiere el hincapié que hizo siempre, como historiador, en la importancia del buen uso de las fuentes para poder escribir una historia imparcial. Nos señala que el moreliano se preocupó mucho por la salvaguarda de los documentos pues consideraba que la posteridad no podría escribir una historia verídica

si no contaba con las fuentes necesarias. Pineda se detiene en dos obras de Torres, a saber, el *Diccionario histórico, geográfico, biográfico, estadístico, botánico, mineralógico y zoológico de Michoacán* y la *Historia civil y eclesiástica de Michoacán*. Desde los tiempos antiguos hasta nuestros días. Acerca de la primera, nos explica que consta de tres tomos y que registra todo lo que hay que saber acerca del estado y que, en cuanto a Morelia, se llega al máximo detalle, al detenerse en “los tendajones, los cuarteles de la ciudad y sus calles, los mercados, las plazas, las fuentes, los edificios públicos, las academias, las congregaciones, las epidemias, tempestades y temblores que azotaron a la ciudad”. La autora se pregunta cuales fueron los objetivos y la génesis de este diccionario michoacano y apunta que la idea no fue original de Mariano de Jesús sino que para el momento en que él empezó a sacarlo a la luz, ya se habían publicado a nivel nacional, otros tres, el de Manuel Orozco y Berra, el del general José María Pérez Hernández y el de Antonio García Cubas. La autora considera que las 220 biografías de hombres ilustres del estado que Torres escribió para su *Diccionario* son de gran utilidad para el conocimiento de la historia estatal, por lo que añade, en dos apéndices, las referencias de estos personajes con su nombre, su lugar de nacimiento, su profesión, el periodo en que vivieron –y en caso de saberlo, las fechas de nacimiento y muerte- y el tomo y página en que aparecen en el *Diccionario*.

Respecto a la *Historia civil y eclesiástica de Michoacán*, poco es lo que puede decirnos Pineda ya que aclara que sólo consultó dos de los tomos -nunca nos aclara de cuantos consta la obra-, mismos que parecen ser sólo estudios preliminares y listados de fuentes, por lo que con los elementos que nos da, difícilmente podríamos llamarlo en nuestros días “historiador”. Creemos que más bien un cronista y un incansable divulgador que puso todo su empeño en rescatar la historia del pasado michoacano y en dar cuenta, en palabras de Pineda, “del escenario social, cultural, urbanístico y vida cotidiana de la Morelia en que vivió”.

El último capítulo, titulado “Las musas y El Pingo”, se ocupa de la obra pictórica y literaria de Mariano de Jesús. Respecto a la primera, la autora describe cada uno de los nueve cuadros que el polígrafo

moreliano pintó entre 1874 y 1876 y concluye que no fue un buen pintor pero que sus pinturas tienen un cierto valor pues en ellas plasmó edificios, parajes y costumbres morelianos y por lo tanto ayudan a reconstruir la memoria histórica de la ciudad. Nos preguntamos que si ésta es la conclusión a que llega por qué Adriana no incluyó en su libro fotografías de estos cuadros -como lo hizo para las portadas de los distintos periódicos- lo que hubiera permitido, al lector no moreliano, hacerse una idea más cabal del quehacer pictórico de Torres.

Pineda se refiere finalmente a la producción literaria de su personaje, indicándonos que así como no se distinguió por su poesía lírica sí descolló en la satírica en la que “mostró más ingenio que vena poética”. Nos explica que, además, escribió muchos dramas históricos pues sostenía que este género era la mejor manera de enseñar la historia ya que la representación se grababa de manera profunda e indeleble en la conciencia popular. Adriana añade que estas lecciones de historia, cuyos objetivos eran evidentemente patrióticos, también buscaban “resguardar los valores morales de la sociedad”.

Una vez reseñado de qué trata el libro, pasamos a hacer algunos comentarios que nos suscitó su lectura. Sabemos que consiste en la investigación que Adriana realizó para obtener el título de licenciada en Historia y que, por lo tanto, es un trabajo primerizo que, lógicamente, tiene fallas y aún errores cronológicos que cabrá corregir para una segunda edición. A pesar de estas objeciones, pensamos que la investigación cumple con dos objetivos primordiales: por un lado, reconstruir la biografía cultural de un personaje, algunas de cuyas distintas actividades habían sido ya objeto de estudio, pero que no había sido aprehendido en su totalidad y, por otro, profundizar en el conocimiento de la historia cultural de Michoacán. Es con este tipo de investigaciones que podremos ir construyendo una historia cultural de México que rescate a la élites culturales regionales y analice la interacción de éstas con las del centro, y sólo así entenderemos cómo se fue conformando nuestra identidad nacional basada en tan importante pluralidad de expresiones.

Con el objeto de relacionar lo regional con lo nacional, nos detendremos en dos momentos importantes de esta historia cultural

mexicana y que, como bien dice Pineda en su libro, están vinculados con la labor que realizó Mariano de Jesús Torres. Recordemos que éste publicó, entre 1905 y 1915, el *Diccionario histórico, geográfico, biográfico, estadístico, botánico, mineralógico y zoológico de Michoacán*, teniendo como modelo los diccionarios editados anteriormente en la ciudad de México, de los cuales el pionero había sido el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, que se publicó, en 10 tomos, entre 1853 y 1856, y en el que colaboró la flor y nata de los hombres de letras de la época. Este diccionario, que consistió en la empresa editorial más ambiciosa realizada hasta aquel momento en nuestro país, reunió por primera vez la mayor cantidad posible de información sobre su historia, geografía, estadística, tradiciones culturales, etc., y significó una invaluable aportación al conocimiento humanístico y científico de los mexicanos al mediar el siglo. La propaganda que se le hizo en los periódicos de la época insistió en que era “una obra verdaderamente nacional”, que concernía y debía interesar a todos los habitantes de la República.

Para explicarnos la importancia que se dio al factor nacionalista, cabe recordar que fue a partir de 1848 cuando, tras la amarga experiencia de la guerra con Estados Unidos, nuestras élites políticas e intelectuales llevaron a cabo una seria reflexión acerca de la realidad mexicana. Llegaron entonces a la conclusión de que una de las causas del desastre había sido la falta de unidad nacional, misma que hubiera cohesionado al país ante la invasión extranjera, por lo que consideraron imperioso crear una conciencia nacional. Si bien la idea no era novedosa, puesto que ya desde los años treinta había preocupado en gran medida a nuestros hombres de letras, no cabe duda de que el desastre de la guerra la hizo parecer aún más necesaria. Se hizo entonces hincapié en lo importante que era que los mexicanos no sólo se sintieran parte de un ámbito geográfico común sino que conocieran el pasado histórico y las tradiciones que compartían. Para lograr su cometido, los editores del *Diccionario* pidieron la colaboración de todos los hombres de letras y científicos a lo largo y ancho del país, para que les enviaran la mayor cantidad posible de datos sobre sus estados. Desgraciadamente, los capitalinos no contaron con la

respuesta esperada de provincia y Manuel Orozco y Berra, coordinador de los tres últimos tomos, conocidos como el *Apéndice del Diccionario*, acabó comentando que “sus fuerzas no habían alcanzado a más por ahora” y que dejaba lo logrado para “los que vengan después a labrar en el mismo campo”.

La colaboración enviada desde Michoacán fue de las más pobres. De hecho, en lo que respecta a las entradas de geografía política, sólo aparecen 30 de las 4, 693 consignadas. A dos hombres de letras establecidos en la capital se debieron dos artículos sobre Michoacán, el uno fue firmado por Manuel Orozco y Berra y es sumamente completo. El otro fue escrito por Francisco Pimentel y se refiere a la historia antigua del reino de Michoacán. En cuanto a personajes, el número reducido de las biografías reproducidas no fueron remitidas en aquel momento sino que los editores tuvieron que copiarlas de la obra *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* de José Mariano Beristáin y Souza o pedir la colaboración de José Mariano Dávila y Arrillaga a cuya pluma se debe la mayor parte de las biografías de clérigos mexicanos. Sólo el artículo sobre el agustino Diego Basalencque fue hecha por un michoacano, Mucio Valdovinos, pero firmada en la ciudad de México en junio de 1853. De hecho, hay sólo dos artículos en todo el *Diccionario* firmados en Michoacán, uno es el que se refiere a Morelia, de Manuel Elguero, del 6 de mayo de 1856 y el otro a Zinapécuaro, firmado por L.G. Romero, en este mismo lugar, el 28 de octubre de 1856. Es importante señalar que Michoacán no fue el único estado que demostró tan poco interés en colaborar en esta obra de ámbito nacional, ya que, como dijimos, la respuesta fue muy escasa. Sólo algunos estados destacaron por su participación, entre ellos, Yucatán, en donde la élite cultural, encabezada por Justo Sierra O'Reilly, se dio cuenta de la importancia del proyecto y se aprestó a ayudar a su consolidación.

Cabe preguntarnos por qué los michoacanos no hicieron caso del llamado capitalino. ¿Sería por los tiempos políticos que corrían en que tan divididos se encontraban nuestros antepasados? ¿Sería por la poca relación que había entre el centro y la provincia? ¿Contribuiría a ello la falta de vías de comunicación? ¿Sería por carencia de interés o

aún por desidia? Me inclino a pensar que la poca respuesta de los estados al llamado del centro fue justamente esa falta de conciencia o identidad nacional que los editores del *Diccionario* percibieron en el México de mediados de siglo y que se habían propuesto subsanar. Es evidente que, a pesar de sus esfuerzos, el tiempo no había llegado aún para lograr su cometido. Tenían que pasar todavía varios años y otra experiencia intervencionista como fue la guerra contra la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, para que esta identidad se fuera integrando. En efecto, no sería sino a partir de 1867, tras el triunfo de la República y en tiempos menos aciagos, que las élites culturales podrían concentrarse en la búsqueda de la tan anhelada conciencia nacional.

Fue justamente la generación de Mariano de Jesús Torres, la llamada por Luis González y González, "tuxtepecadora", la que se encargó, a través de la literatura -comprendiendo en ella a la historia-, de conformar un discurso integrador de la nación. Recordemos que sus miembros, nacidos entre 1825 y 1840, se encontraron a caballo entre la generación de la Reforma, o romántica liberal, y la de los científicos y que, siguiendo la teoría de las generaciones del propio González, coincidieron con ellas en varios periodos en la rectoría de la nación. En algunos artículos hemos señalado la trascendencia de los tuxtepecanos en la historiografía mexicana, centrándonos en la labor realizada en la ciudad de México. Al leer el presente libro nos llamó la atención los puntos en común que tenía el moreliano con los personajes que hemos estudiado, como Ignacio Manuel Altamirano, José María Vigil, Vicente Riva Palacio, Ireneo Paz, y aun con Guillermo Prieto, con quien, nos dice la autora, Mariano de Jesús mantuvo amistad epistolar. Recordemos que Fidel no perteneció a la generación de Tuxtepec sino a la de la Reforma, pero que, al vivir más tiempo que sus coetáneos, pudo compartir los anhelos y búsquedas de los literatos de la generación posterior.

Si bien a mediados de siglo personajes como Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez, para citar sólo algunos, habían pensado que la integración nacional podría lograrse a través del conocimiento del país y que a ello podrían

contribuir los artículos del *Diccionario Universal*, sus homólogos de la generación de Tuxtepec tratarían de hacerlo a través de la literatura. En efecto, la labor emprendida por estos nuevos hombres de letras tuvo un sinnúmero de facetas, algunas de ellas difícilmente aceptadas hoy en día como historiografía. Por ello debemos tener en mente que en el momento en que escribieron el campo de acción literaria abarcaba un espectro mucho más amplio. Así, unos se dedicaron al drama y a la novela históricos, otros a las monografías, otros a las biografías, otros más a la compilación documental y a las obras eruditas, algunos a la historia general de México y otros cuantos a los libros de texto, dándose el caso de que varios de ellos incursionaran en dos o tres géneros a la vez. Varias fueron las coincidencias entre estos literatos que también compartió Mariano de Jesús Torres: la mayoría estudió jurisprudencia, se dedicó al periodismo y nació en provincia. La diferencia entre el moreliano y sus homólogos de generación fue, por un lado, que no pasó, como ellos, a residir en la capital en donde se incorporaron a la vida cultural y política, como fue el caso de Vigil y de Ireneo Paz, ambos originarios de Guadalajara, para citar algunos. Y por otro, que no se identificó con el “jacobinismo” que caracterizó a casi todos ellos. Lo que es evidente que compartieron todos ellos, unos en la ciudad de México y Torres en Morelia, una actividad multifacética, combinando la literatura con la política, el periodismo con la acción legislativa. Lo mismo escribieron poemas que hicieron traducciones, igual redactaron textos históricos que crónicas teatrales, o elaboraron artículos de costumbres y grandilocuentes piezas de oratoria. Así, el ejercicio de las letras les dio entrada a un vasto campo intelectual que hoy en día no se concibe como una unidad.

Desde el punto de vista ideológico, la mayoría de estos personajes se consideraba liberales “puros” y aún jacobinos, aunque cabe aclarar que casi todos eran creyentes y algunos de ellos aún practicantes. Durante los años de la intervención extranjera, habían combatido, ya fuera con las armas o con la pluma, al lado de la generación de la Reforma, con la que se identificaban plenamente. Con ella, enarbolaron las banderas de la Constitución de 1857 y de las Leyes de Reforma, símbolos que se convertirían en el *leitmotif* del partido liberal triunfante.



Una vez terminada la guerra, el recuerdo de aquellas infaustas vivencias y el deseo de establecer una paz duradera llevó a esta generación tuxtepecana a buscar la reconciliación nacional. Fue en estas circunstancias que la historiografía cobró un sentido vital, todos ellos compartieron una preocupación de orden político y moral al acercarse a la historia y, ante el gran reto que significó la reconstrucción del país, el quehacer historiográfico se convirtió en una tarea trascendental, tratando con ella de reforzar la identidad nacional.

De entre todos los miembros de esta generación "tuxtepecadora", a nuestro parecer hay uno, Ireneo Paz, cuya vida tiene bastantes coincidencias con la Mariano de Jesús Torres. Nacido en 1836 en Guadalajara y muerto en 1924 en la ciudad de México, Paz fue un incansable polígrafo. Como su homólogo moreliano, fue el editor de un sinnúmero de periódicos y revistas culturales, que él mismo editaba en su propia imprenta. Su periódico principal fue *La Patria*, que tuvo una vida aún más larga que la de *El Centinela* y por el cual también sufrió prisión. Como Torres, Paz fue un admirador del primer Díaz, el de Tuxtepec, y luego se fue desencantando de él, al ver que se convertía en dictador. También creyó que había que ilustrar a las mujeres y a ellas dedicó gran número de sus revistas y en cuanto a la difusión de la historia patria y de sus héroes, escribió 15 novelas históricas con tal objetivo.

Vemos pues la cercana relación que existe entre el perfil de estos literatos capitalinos y el de Mariano de Jesús Torres que nos refiere Pineda. Es evidente que este polígrafo moreliano buscó la reafirmación de esta conciencia nacional, centrándose primero en la identidad regional. Su interés en rescatar -y difundir- la historia, la geografía, las tradiciones y costumbres michoacanas por medio de sus publicaciones periódicas, su *Diccionario*, su *Historia Civil y Religiosa*, sus dramas históricos, correspondía al anhelo de sus compañeros de generación de la ciudad de México. Sin embargo, los puntos de vista de cómo lograr esta integración nacional estaban contrapuestos pues desde un punto de vista político el centro estaba empeñado en acabar con los cacicazgos regionales, afán que lo llevaba en muchas ocasiones a subestimar los rasgos particulares de cada región. Por el contrario,

los personajes como Mariano de Jesús Torres, más cercanos a su terruño, no estaban dispuestos a dejar que su personalidad regional quedara anulada y buscaban la integración de todas las regiones en un novedoso concepto de nación. Hoy en día, al cabo de un siglo, es evidente que esta última postura es la que prevalece, por lo que recuperar la figura de Torres y ponerla en la dimensión que merece es un acierto de la mayor importancia.

Al plasmar sus reflexiones finales sobre el estudio realizado, Pineda apunta que la trascendencia de la vida de Mariano de Jesús radica en que la entregó a la comunidad moreliana anteponiendo a todo la salvaguarda de la identidad cultural. Por ello termina su libro diciendo que “sólo nos resta agradecerle a este torbellino, a este pingo su inmensa lealtad a lo suyo”.

Libros como el que reseñamos son bienvenidos por aquellos que nos ocupamos de la historia cultural de México pues, al adentrarse en la labor de personajes como Mariano de Jesús Torres, nos permiten ampliar el horizonte de la disciplina con la que estamos comprometidos.

**Antonia Pi-Suñer Llorens**

Facultad de Filosofía y Letras de la  
Universidad Nacional Autónoma de México

